

bian lo que era adorar, ni habian llegado á su noticia prohibiciones ó penas, delitos ó virtudes. Se hurtaban con impunidad salvo aquella pena, que por via de represalias puede cualquiera imponer al que le ofende cuando no hubiera Magistrados en quienes cada hombre en sociedad refunde sus derechos. Se engañaban con perfidia en todo lance, y siempre que no se mezclaba en sus procedimientos algun manifesto, y no pequeño objeto de su propia utilidad. Se quitaban la vida, con la misma indiferencia, que verse existir, y abusaban de sus mugeres con absoluta profusion y aun sin aquel impulso vivísimo, y vehementísimo, de no ser postergados que en la línea de gozar suele ser natural en los hombres.

En orden á creencia no se encontró resquicio alguno de que la tubieran ni aun grosera. Entre muchos vulgares de aquellos países hallé la tradicion, de que hubo en tiempo de la gentilidad de los indios una piedra cuadrilonga del tamaño de una tércia, y tan pesada, que no bastaban varios hombres aplicando todá su fuerza, á sostenerla; sus circunstancias eran, segun los conservadores de la noticia, lo primero el ser de cierta especie muy poco ó nada conocida, y lo segundo, el tener el diabólico instinto de vagar ella sola, alternándose entre las naciones de los bárbaros, por quienes eran recibida, cuando les tocaba la vez, con bailes, y festejos, barriéndole, y enflorándole tanto el camino por donde venia, como el lugar donde la alojaban, todo en señal de adoracion, y culto idolátrico. Comprobaban tanto la noticia, que llegaron á autorizármela con todo un padre misionero del colegio de Guadalupe, que para quitar á los indios este diabólico instrumento de su idolatría, se habia llevado dicha piedra á su colegio, valiéndose de medios proporcionados, para vencer su peso. No me pareció necesario ocurrir á la fuente de la noticia, para averiguarla, por que la corteza solo de la tradicion está indicando su falsedad, y mucho mas cuando en las provincias internas de América es inevitable no poca pesquiza para no tropezar á cada paso con gentes vulgarísimas, y con sus necesidades.

Sin embargo, por ver si en la noticia habia algo á lo menos de verdad, me acerqué á algunos indios viejos de distintas naciones: les pregunté de varios modos, y por caminos en que no podian ocultarme lo cierto, y no hallé en ellos ni siquiera asomos de lo que les imputan. Lo que les atribuyen así mismo, de que no quieren algunas naciones ver morir á los venados, ni á los pavos, ó gua-

jolotes, por que creen que sus almas se transmigran á estos animales, es tambien del todo infundado, y enteramente falso. La verdad es, que cuando se les pregunta, por que no comen, y matan guajolotes, y ello responden, *que por que son sus compañeros*; no es por que se crean la transmigracion de sus almas á ellos, sino por que en la realidad siendo estos animales tan montarazes como los indios, les sirven muchas veces en sus correrías para encontrar por sus huellas los aguajes, y los lugares mas retirados y sombríos.

Uno de los Pisones á quienes imputan esta creencia frívola, me hizo una pintura bastante expresiva del modo con que suelen estar en expectativa de los guajolotes en el monte, afectuando sus graznidos, para seguirlos, y saber de ellos, en que parage es mas abundante la cosecha del chile piquin, de la pitahaya, y otras frutas silvestres, adaptables igualmente al paladar de los unos, y de los otros. El único resquicio, que se halla en ellos, de que creen un algo de la inmortalidad de la alma, es cuando se les pregunta, que ¿qué se les figura será de sus compañeros cuando se mueren? y ellos responden luego sin pararse, *que se pasan al otro lado del charco*; pero sin saber explicar ni á que, ni como, ni hasta cuando. Para atacar á uno de ellos, y obligarlo á que á lo menos á su modo detallara un algo su sistema, le redarguí entre otras reflexiones diciéndole ¿pues como te aseguras de que se van al otro lado del charco, si los ves que cuando se mueren se corrompen y los entierran? pero sin titubear, ni darme lugar á mas preguntas, volteándome la espalda, me respondió: *tambien tu morir, y enterrando despues como á los muchacho*. En virtud de esto yo no dudaré que á los salvajes de estos países se les puede dar rigurosamente el nombre mas bien que de gentiles, de Atheistas negativos, y en todo sentido irreligiosos: por que aunque hayan nacido, como lo cree nuestra ortodoxia, con la imágen del criador gravada en sus corazones; pero esta, ó se les ha borrado por el no uso, y falta de educacion, ó á lo menos se les ha oscurecido de manera, que no se la figuran, ni la esplican de modo alguno.

Entregados puramente á los objetos materiales y sensibles, que lisongean las pasiones animales, y toscas, á estas refieren el todo de sus pocas luces naturales, y una de ellas como habemos dicho varias veces, es el modo, y las estratagemas no poco sagaces, con que se hacen la guerra. Esta se les suscita frecuentemente, ó por que

casado alguno de ellos con india de otra nacion, la repudia cuanto antes, ó por que aunque la retenga consigo, los suyos la reclaman, ó por que en la cosecha de alguna de las frutas silvestres de su uso los unos se apoderan del paraje donde abunda, y los otros emprenden desalojarlos, ó por que en el juego de la chueca entre dos naciones, que se han hecho convite para él, salen los unos lastimados de los otros, ó tambien, y es lo mas corriente, por que á las indias viejas, y no viejas les ocurre encender el fuego de la venganza por alguno de sus caprichos. Estas en el discurso de toda una noche, ó dos ó tres, si es necesario, se toman la ocupacion de estarllorando á gritos, alterándose por horas, segun el órden de su edad, y entre sus áyes, gemidos, y lamentos mezclan la historia de sus desgracias, la muerte de los suyos, y las escaseces, que han padecido originadas por aquellos á quienes quieren que se les haga la guerra. Serán en efecto sobradamente expresivas, é insinuan-tes estas exortaciones, y arengas femeninas, que en el silencio de la noche oscura, y á la luz amortiguada de una hoguera penetran sin interrupcion los oídos, y hacen fermentar mas, y mas en estos campeones salvajes el espíritu de su venganza.

Desde el tiempo de la Conquista habrán tenido sin duda estas oradoras gentiles materia mas abundante para estender el hilo de sus declamaciones; y en efecto ha sido cosa asentada en las reducciones, aunque en el día ya no tanto, que cuando se advertia en las indias este movimiento nocturno, para siempre, ó en una fuga total de los indios congregados, ó en alguna irrupcion sangrienta en el pueblo inmediato. En la relacion y memoria de un indio viejo hallé una de estas arengas declamatorias de las indias, para exortar á los indios á la guerra contra los españoles, que por tener en los términos mazorrales, con que me la hizo, bastante sentido, y no poca gracia, me pareció oportuno copiarla á la letra: "Nosotros antes subiendo al monte, bajando al llano, comiendo "harto, y no teniendo miedo: correr por todas partes como vena- "do, y nunca morir con cuchillo, ni con balazo. Mi marido y mi "hijo, morir: otro mi marido tambien morir: yo lo ví, tanta sangre, "tanto susto, tanto llorar, y yo no poder sanar: el capitan gran- "de (este era el nombre que daban á Don José Escandon el Con- "quistador) mucho bueno como la agua: regalar y querer mucho "muchacho: el capitan chico, y los soldados mucho malo como es- "pina, matando nosotros, y llevando nuestro muchacho mucho tan

"lejos: las mugeres aquí llorando sola como paloma, por que no "tener hombre, que nos defender: yendo nosotros á acostar con "soldado como sus mugeres, la ranchería quedar sola, y los indios "sin hijo como palo: si no nos defender nuestros hombre, nosotros "yendo con soldado, y todo se acabar, como nada: comiendo so- "lo agora, durmiendo, y queriendo muger como perro: los indio "flojo, los indio no pelear, ni matar español: ¡ay mi marido! ¡ay mi "hijo! ¡ay mi otro marido! ¡cuando tener ellos tanta flecha sin ma- "tar con ella soldado! pero ya morir mi marido con cuchillo, ya "no hay quien matar soldado: soldado agora valiente como lobo: "indio cobarde como conejo huyendo: nosotros yendo con soldado "para no llorar." (25)

Con esta arenga, ú otras semejantes alusivas al motivo de la guerra, ó con los Españoles, ó entre sí, se alternan las indias como se dijo arriba, para mezclarla á competencia con sus áyes, y gemidos, y con el grito mas agudo y lastimero por toda la noche. De ella resulta naturalmente la efervescencia de los indios, y su irritacion para salir sin pérdida de tiempo al campo de batalla, pues ya se vé que no es poca provocacion amenazarlos sus mugeres de que se irían con sus enemigos dejándolos á ellos sin hijos, si no condescienden con su antojo. En efecto, mientras ellas lloran, y repiten su arenga, ellos preparan sus flechas, se embijan el

(25) La elocuencia, que inspira la naturaleza sola en el transporte de las pasiones exaltadas es sin duda la mas insinuante, la mas concisa, la mas sostenida y aun puede decirse que inimitable. Cuando agitado el animo por algun impulso vehemente de dolor, ó de venganza, de ternura, ó de deseo se vé en el estrecho de explicarse, y de desahogarse sin pérdida de instantes, entonces es, cuando sin buscar artificios de perifrasis, ni de voces, prorrumpie en expresiones ceñidas, oportunas, y hasta sublimes, que todo lo dicen de un golpe. En estos salvajes americanos se vé puntualmente esta verdad, y aunque segun las circunstancias de la elocuencia de nuestro siglo, no puede proponerse por modelo; no vendrá mal, sin embargo, aventurar una ú otra reflexioncilla para que se vea hasta donde raya cada una nacion de los hombres en cuanto hombres, y aunque desconozcan enteramente toda regla, y todo principio. La expresion de *la ranchería quedar sola, y los indios sin hijo como palo* en el caso de que las indias se vayan y dejen solos á los indios, es la mas concisa y nerviosa que se pueda aplicar y pintar de luego á luego á luego con la imágen de un tronco exámine la desolacion, las necesidades, y aun la ruina del género humano, si el un seco se viera sin el otro. El simil de *como palo* llena el concepto con toda plenitud, y el que sigue de *todo se acabar como nada* no deja ápice que desear y está dicho cuanto hay que decir. La increpacion del *soldado agora valiente como lobo: indio cobarde como conejo huyendo* hace que aun antes de acabarse de proferir, ya ocurran de tropel las ideas de una fiera carnívora y hambrienta que dueña absoluta del campo, del bosque, y del monte,

cuerpo mas con carbon, y almagre, que con blanco ú otro color abierto, se sueltan el pelo sobre la cara, hacen sus tentativas en sus saltos, y carreras, perfilando el cuerpo, y echandose á tierra casi á un tiempo mismo.

Unas veces envian á la nacion enemiga la embajada de guerra, como habemos dicho, escepto á los españoles, á quienes no hay ejemplar de que les hayan prevenido sus choques, y otras se convienen mejor en la sorpresa. Si el enemigo está muy distante, marcha la nacion entera, haciendo de campeones tambien las mugeres, y los muchachos; y si no dista demasiado, vá solo parte de ellos, quedando la otra parte para resguardo de las barracas, y de las indias. Si dos, ó tres naciones se han convenido para sorprender á otras, y acordándose así mismo en las humaredas, procuran ambas caminar en expectativa de esta contrasena, que les viene por el aire, para acelerar ó retardar mas, ó menos sus marchas. Llegados al sitio premeditado para la sorpresa, si la nacion, ó ranchería perseguida no los á sentido, y llenan con esto su expedicion sueltan derrepente un furioso, y general alarido, cuanto mas esforzado pueden, prorrumpiendo al mismo tiempo contra el enemigo todos los dicterios que saben. Se arma la escaramuza, sin que haya de parte alguna demasiada sangre; porque la defensiva suele ser bastante, para intimidarse mutuamente. Si logran qui-

fiada en su vigor; y en su presencia á todo se aventura, y nada teme: á toda clase de animales vé con desprecio, y condenados á sus garras: su bramido es la sentencia de muerte que á nadie esceptúa, y hasta el hombre cuya industria, y valor excede al de diez lobos, no estaría seguro de su fúria. Por via de antithesis, y como en contraste de ideas ocurre así mismo la desdichada suerte de un ruin y cobarde cuadrúpedo, que casi no respira por que no le venga la muerte por el aire que acecha, que observa, que se agacha, que espera las sombras de la tarde, para procurar su subsistencia, que tiembla por todo lo que le rodea, y que ni en lo subterráneo, y estrecho de su choza se contempla libre de su miedo. Este es el indio dice la india oradora, delante del español, y aquel es el español delante de los indios. El arte de Demostenes hubiera explicadose con otras voces, y con otra clase de elocuencia; pero siempre hubiera salido el mismo espíritu, y no con tan ceñido laconismo. ¿Y qué mas podria decirse de la libertad sin límites de un bárbaro, que dueño absoluto de todo cuanto se le acerca, cuenta en su sistema aun sin necesidad irresistible de la muerte? Las expresiones de *subir al monte*, *bajar al llano* y *no tener miedo: correr por todas partes como venado, y nunca morir*, desempeñan el concepto plenísimamente, y nada dejan que desear. Ni se crea por esto que me constituyo apologista del modo de explicarse estos bárbaros entre sí, ni mucho menos, que piense hacer agravio á las reglas fundadísimas de la ampliación, y de la verdadera elocuencia. Estas reflexioncillas me ocurrieron al tiempo de estender la relacion y se me hizo duro, el que se me quedaran en el tintero.

tar la vida á unos cuantos, cuentan con el triunfo completo, y si alcanzan á llevarse los cadáveres enemigos es la última corona de la victoria. No obstante que aplican el mayor empeño, para no dejar en el campo los cadáveres de los suyos, cuidan mucho mas, y procuran por todos los medios posibles el llevarse consigo, y en algazara los de los enemigos; pero tambien estos sin cuidar tanto de los vivos, que faltan en los suyos celebran mas los muertos, que les han hecho á sus contrarios. Parece, que entre estos salvajes halló completa acogida aquella sentencia de un sabio gñtil, de que un enemigo para el mal es diez tantos mas, que diez amigos para el bien, y por esto sin duda estos bárbaros celebran mas la muerte de un enemigo que les hacia mal, que lloran la pérdida de diez de los suyos, que les hacian bien.

Cuando mutuamente y sin sorpresa se han convenido dos, ó tres naciones en hacerse la guerra, señalan el día, y campo de batalla que siempre es algun bosque, ó paraje del monte el mas espeso, y escarpado. Se acercan á el ambos cuerpos beligerantes, haciendo esfuerzos de arrastrarse por entre las peñas, de avanzar por entre las sombras de los árboles, y de guardar el mayor silencio para no ser sentidos unos de otros; pero abocados al cabo entre los temores de no ser percibidos, escoge cada campeon, ó una barranca pequeña, ó un árbol, ó un peñasco, en que se atrincheran, y disparan desde allí sus tiros. La señal del ataque es un furioso y general alarido de una y otra parte, sin que falten los insultos, y dicterios hasta la última desenvoltura, señalándose los que hacen de capitanes, en dar los mayores gritos, y andar en continua carrera entre los suyos; y no pocas veces sucede, que desamparados de estos suelen ser los primeros que quedan en el campo, y en poder del enemigo.

Se dan el ataque, cuando lo dispone el caso de abocarse, y el choque se reduce mas á gritos, y deseos de destruirse, que á conseguir el fin. Su retirada es en el instante mismo en que uno de los campeones voltea la espalda al enemigo, y en su carrera, procurando ponerse á salvo, no dejan de seguirlo los demas. Cada una de estas naciones beligerantes va en su retirada llenando el aire de clamores de gozo, con que indican ambos la satisfaccion de su victoria. Las indias principalmente no hallan cabriolas, y ademanes con que significar á sus maridos el pláceme de su expedicion, y aunque hallan quedado viudas, dejan el ceremonial de encalve-

cerse para despues de pasado el festejo de la victoria. Las que en esta vez toman tanta parte en la celebridad despues son las primeras en promover el llanto nocturno, y general, que de nuevo suscita la batalla.

XXII
Ciertas naciones mas guerreras, y temidas que las demas.

De este modo pasan los años de su vida salvaje en la alternativa de celebrar sus triunfos y de llorar sus pérdidas, llenando los huecos con la ocupacion de acopiar pedernales, y varios nervios de animales, y plumas para la construccion de las flechas. Aunque la campaña no diste demasiado de la ranchería, nunca dejan de ir á la guerra algunas indias cargadas las unas de arcos, y flechas de repuesto, las otras de guajes llenos de agua, y todas con un algo de carne, y frutas silvestres, que son las municiones de guerra, y boca, haciendo ellas de vivanderas. Campadas, digámoslo así, con los indios jóvenes, y menos vigorosos á poca distancia del campo de batalla, y haciendo como de retaguardia, ó cuerpo de reserva, se afrontan tambien al enemigo en casos urgentes, y ha habido muchos lances en que las mugeres han hecho mas estragos, con mucho mas teson; y furia, que los indios. A ellas toca así mismo el hospital de la sangre, ocurriendo al alivio de los heridos, aplicándoles cierta yerba balsámica, en grado sublime sin duda, y que solos ellos saben elegir, y reparar.

Entre los Apaches se han visto por la tropa de los presidios muchos ejemplares, de que cubierto un indio de heridas, y destrozada la carne, con solo el remedio de masticar esta yerba, de tragar parte de ella, y de aplicarse á las heridas la restante se presenta dentro de poco con las cicatrices apenas. En las provincias internas dan á este precioso bálsamo vegetable el nombre de yerba del apache. Yo hice multiplicadas diligencias para adquirirla, y esperimentarla; pero no me fué dable, y por consiguiente, dejando á salvo la verdad de los hechos no saldrá por su garante mi experiencia.

Entre esta multitud de naciones salvajes hay varias á quienes algun suceso feliz en su principio las hizo mas vigorosas, y astutas para hacerse temer de las demas. Los Pámes, los Pisones, y los Janambres son en la Colonia las naciones, que en tiempo de su gentilidad eran dominantes, y mas temidas en las armas. Para invadirlas se juntaban siempre varias de las otras, y aunque en número las excedian, no dejaban sin embargo, de recibir golpes decididos, á pesar de las algazaras de triunfo, que, como siempre hacian en sus te-

rizadas las que se habian coligado. La vista sola de un Janambre basta para intimidar á varios de otra nacion, aunque se consideren, y vean protegidos, y ayudados de los españoles. Yo ví el parage de un capitan de los Simariguanes, y de otras tres naciones, que con varios de los suyos, y en compañía de un administrador de cierta Hacienda inmediata á la villa de Escandon, donde yo estaba, y el habia llegado con el destino de visitarme vió llegar al mismo tiempo al capitan de los Janambres, que con el mismo destino de verme habia venido de la villa de Llera. Luego que se abocaron ambos, el Janambre con declarado desprecio del Simariguan se vino á mí, y este, con el más humilde encogimiento tomó la puerta: exortó el Janambre al administrador, para que no creyera la bondad, "que le aparentaba aquel que traia consigo, "porque siempre habia sido malo él y todos los suyos: que en todos tiempos el Janambre, y su nacion habian repelido de su compañía, y castigado en la guerra á los Saracuayes, y Simariguanes, por que eran cobardes, y solo sabian hurtar, y correr." Ido este volvió al Simariguan medio tranquilo; pero no por esto dejaba de asomarse á la puerta de cuando en cuando, y volvia diciendo *ahí esta todavia Janambre muncho valiente.*

Los dichos Pisones, y Janambres, que regularmente han sido confederados, guardan en su memoria, y tradicion sin fecha determinada, aunque si, segun sus señas, de tiempos muy anteriores á la conquista, el suceso de una batalla gloriosa, que contra ellos emprendieron hasta doce naciones confederadas de las sierras Tamaulipas, y de los campos de la Colonia, en todas ellas salieron derrotadas, no obstante las ventajas de su número. En esta funcion un Pison solo hizo frente á un considerable número de enemigos, les mató cinco, obligó á huir á los demas, y el salió ileso, llevando los cadáveres enemigos al lugar á donde estaban los de su partido. Con esta noticia procuraban intimidar estos pobrecillos á los primeros españoles que entraron en su país el año de 47 pero les salió vano el recurso, y antes por el contrario despues de una vigorosa resistencia hecha por ellos, fueron al cabo uno de los primeros que haciéndose á las armas de los conquistadores, han cooperado á muchas expediciones para la reduccion de los demas.

Tambien los Janambres conservan en su tradicion la memoria de un capitan suyo en la antigüedad, cuyas fuerzas bastaban en